



los filones, y así puso la proa en demanda de una isla llamada Cuba, «en la cual había oro, (1) especias, grandes buques y comerciantes.» Por las descripciones de los indios presumió fuera la de Cipango, sobre la que tantas maravillas se contaban, y que, son sus palabras, según las esferas que yo he visto, así como las pinturas de los mapa-mundis, está situada por aquí.»

El 24 de Octubre á media noche, el almirante mandó levar anclas, para darse á la vela para Cuba, siguiendo las indicaciones de los indígenas que venían á bordo, y poniendo de consiguiente la proa al OSO. Soplaban con bastante fuerza el viento, mas con la llegada del día aflojó y comenzó á llover. Después de las doce tornó la brisa, pero ligera, y á todo trapo siguió la *Santa María* hasta el oscurecer. En razón á estar aquel paraje sembrado de islas y de bajos, el almirante dispuso pasar la noche (que se cerró en agua) á la capa, y al siguiente día prosiguió el rumbo con viento fresco, reconociendo á eso de las tres de la tarde, á cinco leguas de distancia, de siete á ocho islas que nombró «de Arena,» por la poca profundidad del mar en sus inmediaciones; anclaron, y el viérnes al despuntar la aurora se inclinaron al SO., prosiguiendo entre ellas. A la otra mañana un brisote los fué impeliendo hasta la anocheada, en cuya hora se destacó la tierra entre las sombras; pero las carabelas se mantuvieron á cierta distancia. La lluvia caía á torrentes.

En la amanecida del domingo vió Colon por la proa de las carabelas, extendida por el horizonte al SO. una tierra cuyo grandioso aspecto anunciaba mejor un continente que una isla. La cima sonrosada de las alturas y los perfiles violados de las cumbres, delineándose al través de una leve neblina con los primeros rayos del sol, le recordaron por su soberbia elevación las montañas de Sicilia (2). Perfumes más penetrantes y esquisitos prometían mayor opulencia en las galas del terreno: el sello de

(1) *Diario de Colon*. Miércoles 24 de Octubre.  
(2) *Ibid.* Domingo 28 de Octubre de 1492.

majestuosa fecundidad que caracteriza á esta tierra privilegiada, lo llenó de admiración, y á medida que avanzaba y podía distinguir mejor cada forma, percibía un poder hasta entonces desconocido; porque no era el follaje rizado y espeso, las plantas acuáticas y las florestas un tanto húmedas de las Lucayas, sino una diversidad tal en las actitudes, y tan pintorescos los contrastes y la combinación de los grupos, que excedía á cuanto puede inventar de más seductor y maravilloso la imaginación humana. En primer término, cocos cactus descomunales, pitas, tribus de palmíferos de infinidad de formas, helechos arborescentes, ojálidas de flores amarillas, ácidos calmias, gigantescas acederas elevando su follaje hasta dos varas de altura, alcaparros, delicadas sensitivas, palo tinte, mahogon, caoba, calabazas, troncos espinosos, guanabanos y sedosos gálegas; luego orelias catárticas, gazumas, guayabas, granados salvajes, cañafístola, negros y relucientes ébanos, vides cargadas de racimos... ¡cuán pródiga había sido allí la mano del Creador! La vegetación se presentaba bajo todos sus aspectos, formas y colores, desde la elevada y esbelta palmera, á la enana cepa de vid; desde las blancas florecillas que alfombraban el suelo, á los robustos, negros y brillantes ébanos.

En verdad que debió sentir Colon el ignorar los nombres y propiedades de estas plantas, y verse reducido al contemplarlas tan solo, no pudiendo saber ninguno de los secretos que la bondad divina depositó en las virtudes, la utilidad y las armonías de los productos del suelo.

Encontraron la embocadura de un río, desahogando tranquilamente sus aguas cristalinas, y ofreciendo un puerto seguro; en el momento de penetrar en él las carabelas, dos canoas con indios, que iban desembocando, al notar las chalupas que sondaban el paso tomaron precipitadamente la fuga y se escondieron. Era una rada magnífica, y Colon, al examinar sus orillas, sintió duplicarse su admiración, porque si de lejos había experimentado el efecto de la perspectiva, ahora de cerca se manifestaba por entero á sus ojos la prodigiosa riqueza de los detalles.



Árboles en forma de pilastras, de cipos, de candelabros y de cirios, acopados, en forma de quitasol ó de abanico, y bajo cúpulas de vivos colores, vegetales de hojas puntiagudas, ásperas, lisas, velludas, redondas, cilíndricas, lanceoladas, cordiformes; espátulas, palmas aguzadas, corazones, flechas, raquetas; ramajes robustos, mezclados con delicadas enredaderas, cubiertas de flores encarnadas, azules, verdes, ya en guirnaldas, ya en ramos; pámpanos, cálices, pezones, umbelas de mil hechuras y aromas diversos, completamente ignorados hasta entonces.

Lo pintoresco de los grupos, lo atrevido de las posiciones, lo singular de los contrastes, la multitud de objetos de diferentes organizaciones y cualidades; aquellas flores, aquellos frutos, aquellos perfumes, aquellos conjuntos casuales y armoniosos, presentados de repente, hubieran deslumbrado al primer golpe de vista á cualquier hombre no acostumbrado á los prodigios de la creación, cuando el mismo contemplador de la naturaleza, al considerar tan asombrosa profusión, demasiado admirado y conmovido para atreverse á entrar en detalles, se limitó á escribir confundido en su *Diario* «que nunca jamás vió tal magnificencia» (1). Abrazaba desde á bordo las orillas cubiertas en toda su extensión de árboles hermosos y verdes, cargados de flores y de frutas, y sobre las cuales se cernían bandadas de pájaros de reluciente plumaje. Distinguió también entre tantas clases de vegetales muchas especies de palmeras, diferentes de las que crecían en España, en las Canarias y en la costa de Africa.

Deseoso de comenzar cuanto ántes la busca del oro, y su colección de productos del país, saltó el almirante en tierra, y después de tomar posesión de ella en la forma acostumbrada, clavando una cruz, la dió el nombre de Juana, y á la rada el de San Salvador. Como divisara entonces dos casas á los lejos, se dirigió hacia ellas, y entró; pero los habitantes habían huido, y no halló sino un perro feo, co-

(1) Las Casas. *Diario de Colon* 28 de Octubre de 1492.

barde y mudo, inútil guardian de algunos utensilios de pesca. Reiteró su prohibición de tocar ningún objeto, y remontó el río hasta gran distancia.

La tranquilidad y transparencia de las aguas, la suavidad del aire embalsamado, la rica tapicería que formaba la vegetación, el murmullo de los cañaverales, los insectos brillantes, las mariposas de color de oro, los insectos brillantes, las mariposas de color de oro, los presumidos colibrís, los guacamayos vestidos de vistosas plumas, el coro de innumerables avecillas escondidas entre el ramaje, el matiz de las flores, la gracia, el perfume, la infinidad de tonos del paisaje, los susurros, los sonidos vagos ó cadenciosos que se prolongaban al través de los bosques, la fertilidad apoderándose de lo inculto, la vida, la savia, la organización germinando por todas partes, presentándose á los ojos del hombre risueña, palpitante, tierna, adornada de galas tan extraordinarias que ni se soñaron siquiera en nuestra Europa ántes de aquel día, abismaron su alma en dulce é indefinible encanto, y exclamó candorosamente, «que no podría separarse de aquellos lugares sin pena, y sólo con la esperanza de tornar á ellos. «Comprendió que iba pasando por la tierra privilegiada de la naturaleza, que se acercaba á la mansión encantadora de las regiones equinocciales, y dijo entonces, cuando las dos terceras partes del globo no se conocían aún, «que aquella era la isla más hermosa que jamás vieron los mortales» (1).

El tiempo y la experiencia han sancionado este asombro del contemplador de la naturaleza, y hoy, después de la completa exploración de los espacios del Océano, Cuba no tiene rival, y es la isla más hermosa que han visto los hombres. Cuba, la perla de los mares, merece en justicia el título que lleva de reina de las Antillas, por la constancia y dulzura de su temperamento, por la falta de huracanes frecuentes, y de la violencia de las corrientes submarinas, la salubridad de sus costas, la comodidad de sus puertos, la pureza de sus aguas, la fres-

(1) *Diario de Colon*, Domingo 28 de Octubre, de 1492.





cura de sus montañas, que se destacan sobre un cielo limpio y despejado, la riqueza fabulosa de sus productos y la variedad de sus perspectivas es incomparable. Cuba, objeto perenne de la admiración del pensador, del artista, del poeta y del botánico, excita la tenacidad de un pueblo vecino, temerario é insaciable, no obstante poseer la mitad del Nuevo Mundo.

En medio de este infinito de cosas admirables, se esforzaba Colon en apoderarse de los rasgos sublimes del pensamiento creador; quería saber por qué nuevas maravillas se dignaban manifestarse al entendimiento la ciencia de Dios, y sorprender los indicios de alguna gran ley del globo. Porque ya en aquella época tenía en sí el germen de la observación filosófica y de la tendencia á la generalización de los hechos que desplegó despues.

La poesía, la admiración, las grandes miras, no le hicieron olvidar nunca el lado práctico, útil y comercial de las cosas. Luégo de haber examinado multitud de palmíferos y de hierbas, tan altas entónces como en el mes de Mayo en Andalucía, reconoció la péplide y el berro venenoso; y al ver que casi á la misma orilla del agua crecía en abundancia el follaje, dedujo lógicamente, que en aquel sitio el mar debía permanecer siempre tranquilo. En efecto, allí estaba preservada en toda su extensión la costa de los sacudimientos de las corrientes ecuatoriales, que pasan entre Cuba y el continente americano. Habiendo reparado en un lugar, que juzgó á propósito para formarse conchas de perlas, pues se encontraban bivalvos en abundancia, que es una especie de indicación de su existencia, y como le dijieran los indios que era abundante en ellas y minas de oro, desoso de encontrarlas se dió á la vela el 29 de Octubre, con rumbo á Poniente, en demanda de la capital que indicaban los naturales. Al paso por la embocadura de una corriente la bautizó con el nombre de río de la Luna, y cuando por la tarde se avistó otro mucho más ancho le puso el de río de los Mares.

Enviáronse á tierra las embarcaciones para tomar lenguas; pero sus habitantes habían huido

espantados al divisar á los extranjeros. Las viviendas, á guisa de tiendas de campaña, levantadas aquí y allá, sin regularidad ni simetría, estaban en extremo limpias, y con cierta elegancia en su modesto ajuar. Halláronse estatuas de mujer, muchas caretas primorosamente hechas, perros mudos y de repugnante aspecto, y aves domesticadas que vivían en su triste y taciturna compañía: muchos utensilios de pesca indicaban el género de industria de este pueblo, y Colon prohibió de nuevo tocarlos.

La magnificencia que admiraba aquí el almirante no era ménos digna de su estudio. Pasaba embelesado las noches en la contemplación de aquella naturaleza, observando la bóveda celeste, la luz de las estrellas, la dulzura del aire, las emanaciones odoríferas del suelo y de las aguas, que fertilizaban mil plantas aromáticas. Escuchaba con melancólico placer el gorjeo de los pajarillos, los variados é inimitables trinos del ruiseñor, todos los rumores, en suma, de tan ricas florestas, desde el rugido de la fiera al canto del grillo (1), que recordaba á sus marineros sus juegos de la niñez en el hogar paterno, y calculaba que el reposo del mar favorecía allí la formación de las conchas de perlas. Como ni su arrobamiento religioso, ni la poesía de sus emociones detenían ni atenuaban sus investigaciones cosmográficas, al par que se deleitaba con la tranquilidad y el ambiente embalsamado de las noches, exentas de frío y de calor, se preguntaba por qué en un radio tan poco distante de las islas de Bahama, en las cuales el calor es en extremo intenso, encontraba temperatura tan moderada, hallando la razón de esta diferencia en que en Bahama el terreno estaba llano, y era constante un viento nada fresco del lado del Este.

Al otro día, continuando el almirante su camino al O., reconoció un cabo tan abundante en palmeras, que le dió ese nombre, y los indios embarcados en la *Pinta* dijeron á su capitán que á la espalda de aquél corría un río

(1) *Diario de Colon*, lúnes 29 de Octubre de 1492.



distante de Cuba sólo cuatro jornadas. Martín Alonso Pinzón no dudaba de que la tierra que iba costeano fuera un continente, y Cuba una gran capital. Á consecuencia de haber estudiado el planisferio ideal de Toscanelli, que Colon le comunicó, y que guardó tres días, Martín Alonso se creía llegado á las regiones que señaló en él hipotéticamente; pero Colon pensaba que aquella inmensa extensión de tierra, de influencias tan caracterizadas, era tal vez el continente asiático, y que, de consiguiente, se hallaba á cien leguas, poco más ó ménos, de Zayto y de Quinsay.

Con el fin de salir de dudas, resolvió el almirante enviar un mensaje al soberano de esta nación, escogiendo al efecto á Rodríguez de Jerez, que había estado en África, al poliglota Luis de Torres, judío convertido, y en otro tiempo agregado á la familia del gobernador de Murcia en calidad de preceptor, y á dos indios para que, en caso necesario, sirvieran de intérpretes. Provistos de bugerías para procurarse víveres en el viaje, debían dirigirse los mensajeros á la corte del gran Kan y participarle la llegada á sus Estados de Cristóbal Colon, encargado de una carta y de presentes de los reyes de España, deseosos de trabar relaciones de amistad con su alteza. Colon les dió instrucciones muy circunstanciadas acerca de las observaciones que tenían que hacer en aquella excursión. Durante su ausencia mandó carenar las tres carabelas, pero teniendo la precaución de no varar más de una vez en la costa, dejando dos prontas siempre á combatir, sin embargo de que por la apariencia no hubiera nada que temer de los indígenas.

Tornaron los enviados al cabo de seis días; pero en lugar del gran Kan, de su capital y de las minas de oro, no habían encontrado más que una aldea de medio ciento de cabañas, en la cual fueron recibidos como venidos del cielo. Los principales los tomaron en brazos para conducirlos á la mejor choza del lugar, y los hicieron sentar en sillas, mientras que ellos se prosternaban en tierra respetuosamente á su alrededor, y les besaban piés y manos. Al volver Rodrigo de Jerez y Luis de Torres dieron con multitud de naturales de ambos sexos, que traían

unos rollos de hierbas secas encendidas por un extremo, mientras por el otro se lo acercaban á la boca para aspirarlo, despues de lo cual despedían de ella una nube de humo. Designaban esta especie de caramillo con el nombre de *tabaco*, que nosotros hemos dado á la misma planta.

Los embajadores atravesaron por tierras perfectamente cultivadas, sembradas de aldehuelas, y vieron cantidad de árboles, de flores, de hierbas aromáticas y de aves del todo desconocidas en España, á excepción de los ruiseñores y los ánsares que no escaseaban. Pero si no se hallaba oro en tan fértiles sitios, abundaban almas que salvar y pueblos pacíficos que conservar, de cuyas disposiciones religiosas auguraba bien Colon; pues expresaba de esta manera su esperanza á los reyes: «Ya tengo dicho, serenísimos principes, que desde el momento en que haya misioneros que hablen su lengua, se vendrán al cristianismo. Espero en Dios que vuestras altezas se decidirán prontamente á enviarlos, para poder reunir á la Iglesia tantos pueblos tan numerosos, y que sin duda alguna los convertirán, así como han destruido á los que no han querido confesar al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo» (1) (los mahometanos). Como en el ardor de su fe Colon no temía la muerte, no vacilaba presentar su imagen á los reyes; imagen que tanto cuidado ponen los cortesanos en apartar de su vista, y añadía: «Y despues de sus días (que todos somos mortales), dejarán sus reinos en muy tranquilo estado, y limpios de la herejía y maldad, y serán bien rescebidos delante del eterno Creador» (2). Y con la misma naturalidad, dejando correr su pluma, rogaba á Dios por sus altezas, y le pedia, «que le pluguiera acordarles larga vida, grande acrecentamiento de reinos y principados, y voluntad y disposición para acrecentar la santa religion cristiana» (3). Despues anunciaba á los reyes que había puesto su buque á flote el mismo día, y que se despachaba para partir el juéves en nombre de Dios, é ir al

(1) *Diario de Colon*, mártes 6 de Noviembre de 1492.

(2) *Ibid.*, *Ibid.*

(3) *Ibid.*, *Ibid.*





Sueste á buscar oro y especerías, y descubrir la tierra» (1).

Salió el almirante del rio de los Mares en demanda, segun la indicacion de los indios, de la isla de Babeque, en la que decian por señas, se cogia oro en la playa por la noche á la luz de hachones. Siguió la costa durante diez y ocho leguas, sin querer acercarse á ella, y al otro dia, mártes, reconoció un cabo que llamó de Cuba.

El 14 de Noviembre se alejó al E. para descubrir aquella Babeque, cuyos metales auríferos no cesaban de ponderar los indígenas, y se halló en un archipiélago nuevo, del que era imposible contar las islas. Eran éstas grandes, montañosas y cubiertas de magnífica vegetacion; la pureza de la atmósfera y el brillo de las aguas, de las que parecian salir aquellas masas, cautivaban los ojos de Colon, que bautizó al mar con el nombre de Nuestra Señora. La hermosura del sitio lo seducia; queria, á pesar de su sed de oro, recorrerlo todo con las chalupas de las carabelas, que habian anclado en un magnífico fondo de arena, y registrar el grupo que parecia prometer, al ménos, especerías y piedras preciosas.

El viérnes, 16 de Noviembre, en el momento de saltar Colon en tierra para verificar la toma de posesion en la primera de ellas, en la forma consagrada por su piadosa costumbre, vió en el suelo en un accidente del terreno dos grandes maderos, uno más pequeño que otro, y el menor sobre el mayor, formando una cruz, con tanta exactitud, que un carpintero no hubiera podido darla mejores proporciones. Cayó en tierra de rodillas el mensajero del apostolado, dando gracias al Señor por esta nueva bondad, y adoró la Cruz que le habia sido providencialmente preparada en aquella isla desconocida, pareciéndole al mismo tiempo que Dios no lo abandonaba, al encontrar anticipados sus deseos en parajes desiertos y sin nombre. Hecho esto, dispuso se terminára, firmándola, y quiso que la ereccion del sagrado signo tuviera lugar el domingo siguiente en un sitio de los más aparentes y desnudos de ramaje. Entretanto

(1) *Ibid.*, *Ibid.*

examinaba los productos del suelo, é hizo buscar á su gente conchas de perlas que se hallaron, pero vacías. Cogiéronse muchos peces extraños, entre otros uno duro, con la cabeza como de cerdo, cubierto de escamas, y no teniendo blanco sino la cola y los ojos. Colon lo mandó salar para mostrarlo á la reina, que gustaba de curiosidades de historia natural. Al otro dia encontró en otra isla cerdos de Indias, langostas monstruosas y gran cantidad de aves: el fuerte olor de almizcle que en ciertos sitios se advertía, le hizo creer que hubiese animales que lo produjeran.

El domingo, 18 de Noviembre, el almirante con sus oficiales y la mayor parte de las tripulaciones, todos de grande uniforme, se embarcaron en las lanchas para ir á enarbolar el signo de la redencion. La alta y hermosa cruz fue plantada en un punto culminante, en que los árboles no la ocultaban, y acompañó á la ceremonia las oraciones de costumbre, dedicando todo el dia al rezo y al descanso.

El lúnes, ántes de salir el sol, ya habian levado anclas las carabelas; pero contrariadas por la mar y el viento avanzaron poco; y temeroso Colon de que los indios de San Salvador no se les escapáran al avistar la Isabela, de la cual sólo distaban doce leguas, cambió de rumbo. Por otra parte, los indígenas parecian estar muy satisfechos de su nuevo género de vida, empezaban á comprender algunas voces españolas, se santiguaban, se arrodillaban delante del Crucifijo (1), recitaban sus plegarias levantando los brazos, y repetian la *Salve* y el *Ave Maria* con un tanto de recogimiento, persuadidos de que hacian coró á hombres venidos del cielo en busca de oro, y que los devolverian á su patria así que lo hubieran hallado.

El 20 y 21 de Noviembre prosiguieron navegando hácia la isla de Babeque, cuyos tesoros traian inquietas á todas las imaginaciones.

En medio de las fatigas consiguientes á estas pesquisas, no faltaban á Cristóbal Colon motivos de descontento y de inquietud. En la

(1) «Y muy presto á cualquiera oracion que nos digamos que digan y hacen el señal de la cruz.» *Diario de Colon*. Lúnes 12 de Noviembre de 1492.



*Pinta* y en la *Niña* jamas se obedecian sus órdenes con puntualidad, y sus dos capitanes se permitian ciertas observaciones, todavía más inconvenientes por el tono que por las palabras. Los tres hermanos Pinzon, el mayor principalmente, no podia tolerar el que un extranjero, que sin su ayuda no hubiera podido hacer la expedicion, se viese tan de súbito condecorado con los títulos de almirante y virey y con derecho á recoger, segun sus capitulaciones con la córte de Castilla, una parte considerable de las riquezas que producian aquellas regiones; la envidia aguijoneaba la ambicion del señor Martin Alonso.

Un indio embarcado en la *Pinta* en calidad de intérprete hubo de ponderar á su capitán las magnificencias de Babeque, del camino de la cual se pretendia práctico, y Martin Alonso, alucinado con tan risueñas esperanzas, se apartó de los otros buques en su demanda en la noche del 21 al 22 de Noviembre. Como la atmósfera estaba despejada y el viento fresco, pudo ver el almirante la maniobra é hizo encender un farol, que se dejó ardiendo hasta el alba, pero Pinzon, sin tener en cuenta la señal, continuó con rumbo al E., desapareciendo en el horizonte: grande sentimiento causó al virey su desercion.

La *Niña*, mandada por Vicente Yañez Pinzon, se mantuvo fiel en su puesto, que Vicente, además de ser muy dado á las cosas de la mar y de la hidrografia, comprendia mejor que sus hermanos el manejo de un buque y las nociones del deber, y por su capacidad podia más bien que ellos apreciar el carácter de Colon.

En los dias 23 y 24 se acercó el almirante por la mar de Nuestra Señora á las costas de Cuba, descubriendo varios cabos y fondeaderos seguros y capaces. En una de sus excursiones encontró piedras con partículas de oro, y las guardó para llevarlas á la reina. Halló tambien abetos perfectamente rectos y de altura descomunal, tanto que entre ellos escogió un palo y una antena para la *Niña*.

El 25 descubrió una rada, cual nunca vió otra parecida, pues cien navios de línea habrian podido guarecerse en ella sin necesidad de amarras. Montañas cubiertas de bosques de ma-

deras propias para construccion la defendian de los vientos, y Colon, lleno de agradecimiento, dijo con este motivo «que hasta aquel dia plugo á Nuestro Señor mostrarle siempre una cosa superior á la precedente, y que habia ido de más en mejor en todos sus descubrimientos» (1).

El 26 recreó su vista con nuevos paisajes y fondeaderos que maravillaban á sus oficiales.

El 27, no obstante la serenidad del cielo y la proximidad de cinco ó seis bahías admirables tuvo valor para no saltar en tierra, con el objeto de no demorar el cumplimiento de su objeto principal. Porque decia, como repite Las Casas, que «se detenía siempre más de lo que queria, arrastrado por el deseo de contemplar y el placer de admirar la hermosura y feracidad de aquellos sitios, por cualquier lado que penetrase en ellos.» Para ponerse en guardia consigo mismo continuó dando bordadas toda la noche, y al dia siguiente, costeando al SO., entraron los buques en un puerto circunvalado por una inmensa llanura perfectamente labreada y sembrada de cabañas que hacian suponer las columnas de humo que se elevaban de en medio de glorietas de árboles. Altas colinas y montañas cercaban el horizonte. Sondeó Colon la rada; en ella desaguaba por el lado del S. un rio profundo y suficiente para dar paso á un buque de alto bordo, y cuya embocadura, cubierta con los accidentes del terreno, no se veia sino á muy corta distancia.

En esta parte de Cuba próxima á las montañas, y bajo la completa influencia del Mediodía, parece haber reunido la creacion sus últimos esfuerzos, pues abunda en efectos de conjunto y perfecciones de detalle indescriptibles: cada movimiento del terreno diversifica las decoraciones de una vegetacion espléndida, hasta llenar de asombro la mente, y diríase que una fuerza subterránea hace subir á la superficie la potente fecundidad, con que el Creador dotó al humus. La abundancia de la sávia circula bajo todas las formas, y se manifiesta de un modo tal, que la vista no puede entrever la superficie del suelo, en fuerza de lo tupida que

(1) Las Casas, *Diario de Colon*, 25 de Noviembre de 1492.